

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

MADRID.—Una calle.

Sale ROMEO.

ROM. Si á la vision del sueño adúladora
He de dar fe, lo que soñé presagia
Próxima nueva de cercana dicha.
Gozoso ocupa su absoluto trono
El corazón, monarca de mi pecho;
Y desde el alba insólita alegría
Alas al alma da, que el suelo huye.
Soñé que vino y me halló muerto Julia;
(¡Extraño sueño! hacer pensar á un muerto!)
Y con sus besos me infundió tal vida,
Que reviví: y emperador halléme.
¡Cuán dulce debes ser, oh amor gozado,
Cuando tu sombra tal ventura encierra!

Sale BALTASAR.

¡Noticias de Verona! Di, ¿qué ocurre?
Me traes, sin duda, cartas del hermano.
¿Qué hace mi dama? ¿Se halla bien mi padre?
¿Mas cómo está Julieta? te pregunto;

Pues nada estará mal, si está bien ella.

BAL. Ella está bien, y nada mal, por tanto
Su cuerpo en paz descansa en el sepulcro
De Capuleto, y su mortal esencia
Reside con los ángeles. Helada
La vi bajar en la paterna tumba,
Y vine por la posta cuenta á daros.
¡Oh! ¡perdonad si os doy tan triste nueva!
Vos mismo me encargasteis que lo hiciese.

ROM. ¿Será verdad?—¡Tu saña reto, oh sino!
Ya sabes mi morada: deja en ella
Tinta y papel; y alquila dos caballos,
Pues parto por la noche.

BAL. Mi amo, os ruego,
Tened paciencia: estais turbado; fiera
Desdicha pronostica esa mirada.

ROM. ¡Calla! te engañas. Déjame y procura
Cumplir lo que te mando sin demora.
¿No traes recado alguno del hermano?

BAL. Ninguno.

ROM. Nada importa: vé y alquila
Los dos caballos. Vuelvo pronto á casa.

(Vase Baltasar.)

Pues bien, Julieta mía, al lado tuyo
La noche pasaré. Busquemos medios.
¡Ay cuán veloz el daño se introduce
En la razon de aquel que desespera!
Me acuerdo bien de un boticario (y vive,
Sin duda, por aquí), á quien no há mucho
De harapos vi cubierto, cabizbajo,
Cogiendo yerbas: triste era su aspecto,
Miseró y flaco por desdicha grande.
Colgados vi en su tienda una tortuga,
Un caiman disecado, y otras pieles
De informes peces; sobre los estantes
Alrededor, para engañar la vista,
Había, escasamente repartidos
En órden desigual, vacias cajas,

Vejigas, mustias drogas, tarros verdes,
Retazos desiguales de bramante,
Y viejos panes de marchitas rosas.
Notando esta penuria, así me dije:
—Necesitara alguno de un veneno,
Cuya venta las leyes mantúanas
Prohíben bajo pena de la vida,
Sin duda este infeliz se lo vendiera.—
Aquella reflexion fué precursora
De esta necesidad; y hora es forzoso
Que me la satisfaga este indigente.
Si no recuerdo mal, ésta es su casa:
Por ser festivo el día, el pordiosero
Tiene cerrada su modesta tienda.
—¡Eh, boticario!—

Sale el BOTICARIO.

BOT. ¿Quién tan fuerte llama?
ROM. Sal, hombre; ven. Advierto que eres pobre:
Ten cuarenta ducados; y hora en cambio
Procúrame un veneno tan activo
Que circulando por las venas todas,
Destruya al infeliz que lo tomare,
Y se despidá de su triste pecho
El aliento vital con tal violencia,
Como encendida pólvora que rauda
Del crudo seno del cañon se arroja.

BOT. Poseo tales drogas; mas las leyes
De esta ciudad con muerte vil castigan
Al que las venda.

ROM. ¿Estando tan desnudo,
Tan lleno de miserias y pesares,
Aún temes á la muerte? En tus mejillas
Reside el hambre; la indigencia, el duelo
Están de manifesto en tu mirada:
Vileza, oprobio cuelgan de tus hombros;
Ni el mundo ni su ley te son amigos;

Ninguna ley del mundo te enriquece:
 Rómpe-la, pues, no seas pobre, y toma.
 Bor. Consiente mi estrechez, no mi albedrío.
 Rom. No tu albedrío, tu estrechez soborno.
 Bor. Echad esto en un líquido cualquiera,
 Bebedlo; y si el vigor de veinte hombres
 Tuvieseis, al instante os diera muerte.
 Rom. Toma oro, ten; peor veneno al alma
 Y que origina en este bajo mundo
 Más muertes que los miseros brebajes
 Cuya venta las leyes te prohiben.
 No tú, yo soy quien te vendió ponzoña.
 Adios; compra alimento, y ponte grueso.
 —Cordial y no veneno, hora á la tumba
 Donde Julieta yace, ven conmigo,
 Do he menester de tu poder, amigo. (Váase.)

ESCENA II.

La celda de Fray Lorenzo.

Sale FRAY JUAN.

FR. JUAN. ¡Buen fraile franciscano, hermano, es-
 (cucha!

Sale FRAY LORENZO.

FR. LOR. La voz es de fray Juan, sí no me engaño.
 Con bien de Mantua vengas. ¡De Romeo
 Qué nuevas traes? Si vienen por escrito,
 Entrégame la carta.

FR. JUAN. Yendo en busca
 De un hermano descalzo de la Orden
 Con quien quise asociarme, y cuyo oficio
 Es ver á los enfermos de esta villa,
 Y habiéndole encontrado, por sospechas
 De haber estado entrambos de un enfermo
 De contagiosa peste en la morada,

Los reconocedores de la villa
 Las puertas de la casa nos sellaron,
 Negándonos salida; de manera
 Que hube de suspender el viaje á Mantua.
 FR. LOR. Pues ¡quién llevó mi carta allá á Romeo?
 FR. JUAN. No la pude mandar. Aquí la tienes.
 Ni quien te la llevase hallé siquiera;
 Tenian tal temor de contagiarse.
 FR. LOR. ¡Suerte fatal! Por la Orden que profeso,
 La carta no era ociosa, que iba llena
 De encargos de importancia, y el atraso
 Gran daño hacer podrá. Fray Juan, vé, busca
 Una barra de hierro, y sin tardanza
 Con ella vé á mi celda.
 FR. JUAN. Voy, hermano;
 Y al punto la tendrás. (Váase.)
 FR. LOR. Es fuerza ahora
 Que vaya solo al triste mausoleo.
 Julia despierta dentro de tres horas;
 Se quejará de mí porque noticia
 No tuvo de estos lances su Romeo:
 No obstante, escribiré de nuevo á Mantua;
 Y hasta que vuelva á verla el fiel amante,
 La servirá mi celda de morada.
 ¡Pobre cadáver vivo en tumba helada! (Váase.)

ESCENA III.

Un cementerio en que se ve el mausoleo de los Capuletos.

Salen PÁRIS y su PAJE con flores y una antorcha.

PÁR. Dame tu antorcha, paje, y te retira...
 O apágala; no quiero que me vean.
 Tiéndete luego al pié de aquellos olmos,
 Y ten tu oreja junto al hueco suelo,
 De suerte que no pise planta alguna
 El cementerio (cuya tierra suelta

Y removida está con tanta tumba
 Como hay en ella abierta) sin que lo oigas;
 Y si algo oyeres, luego da un silbido;
 Será señal de que se acerca alguno.
 Dame esas flores y haz lo que te mando.

PAJE. (Aparte.)

Casi me causa espanto estarme á solas
 En este sitio. Pero, al fin, probemos. (Vase.)

PÁR. ¡Oh hermosa flor, vengo á regar con flores
 Tu tálamo nupcial! ¡Ay! polvo y piedras
 Son su dosel, que yo con agua pura
 Acudiré á regar de noche en noche,
 Y á falta de ella, con mi llanto y quejas.
 Tributaré en exequias á tu tumba
 Todas las noches lágrimas y flores. (El paje silba.)
 Hizo la seña el paje: alguien se acerca.
 ¡Cuya maldita planta errante viene
 Hacia este sitio en esta noche triste,
 A contrariar el fúnebre tributo
 Que rinde un pecho amante al sér que llora?
 ¡Y con antorcha viene! Breve rato,
 Embózame en tu manto, amiga noche. (Se retira.)

*Salen ROMEO y BALTASAR con una antorcha, un
 azadon, etc.*

ROM. Dame aquel azadon y la palanca;
 Toma esta carta, y mira que la entregues
 A mi padre mañana á primer hora.
 Dame la luz. Te encargo por tu vida
 Que no te acerques, vieres lo que vieres,
 Oyeres lo que oyeres: sobre todo
 No trates de estorbarme en mi tarea.
 Bajo á este lecho de la muerte, en parte,
 Por contemplar el rostro de mi dama;
 Pero ante todo, por quitar del dedo
 De su aterida mano un rico anillo
 Que he menester en cierta empresa grave.

Por tanto, véte. Empero, si curioso
 Volvieras á atisbar mis movimientos,
 ¡Viven los cielos! te he de hacer pedazos,
 Y he de sembrar por este campo estéril,
 Hambriento de cadáveres, tus miembros.
 La noche y mis intentos son feroces,
 Fieros, y más salvajes é implacables
 Que hambrientos tigres, ó la mar rugiente.

BAL. Iréme, pues; no quiero molestaros.

ROM. Darásme en ello prueba de cariño.

Toma, buen hombre, vive y sé dichoso.

BAL. (Aparte.) Con todo, cerca me pondré en acecho:
 Temo esa cara, y su intencion sospecho.

(Se retira.)

ROM. Maldita sima, seno de la muerte,
 Que el bocado más dulce de la tierra
 Tragar osaste; así tus fauces abro,
 Forzando tus mandíbulas podridas,
 Y más te haré tragar á pesar tuyo.

(Abre la puerta del mausoleo.)

PÁR. (Aparte.) Es el Montesco altivo, el desterrado,
 El matador del primo de mi amada,
 Con el pesar de cuya muerte, dicen,
 Murió la hermosa niña; y viene ahora
 A profanar, villano, á los difuntos.
 Le voy á detener y á darle preso. (Se adelanta.)
 Suspende tu sacrilega tarea,
 Montesco vil. ¡Prosigues tu venganza
 A ún más allá del borde de la tumba?
 Villano maldecido, date preso.
 Obedéceme y ven: morir te espera.

ROM. Si tal: morir; por eso aquí me vine.
 No tientes, buen mancebo, á un desdichado;
 Huye este sitio, y déjame: medita
 En estos muertos: que ellos te amedrenten.
 No quieras, te lo ruego, buen mancebo,
 Con otro crimen agobiar mi alma,
 Mi cólera excitando: vé, buen jóven:

Por Dios, más que á mi mismo á ti te quiero,
Pues aquí vengo armado en contra mía.
Vé, huye, y vive; y di que á la clemencia
De un hombre loco debes la existencia.

PAR. Desprecio tus inútiles conjuros,
Y por villano malhechor te prendo.

ROM. ¿Me quieres provocar? Pues ponte en guardia.

(Ríen.)

PAJE. ¡Ríen! ¡Ay Dios! Llamemos á la ronda.

(Vase.)

PAR. ¡Ay! ¡yo me muero! (Cae.) Si eres compasivo,
Abre la tumba, y ponme con Julieta. (Muere.)

ROM. A fe, lo hare.—Miremos esta cara.

¡El primo de Mercucio, el noble Páris!

¡Qué dijo mi lacayo, cabalgando

Por el camino, cuando mi alma loca

A sus razones no atendía? Dijo,

Si no recuerdo mal, que el conde Páris

Debió casarse luego con Julieta.

¿No dijo tal? ¿O lo he soñado acaso?

¿O es que me lo imagino en mi locura,

Sólo al oírle pronunciar su nombre?

¡Dame la mano, tú, conmigo inscrito

De la desdicha en el funesto rollo!

Vas á yacer en tumba asaz gloriosa.

¿En una tumba, dije, por ventura?

¡No, malogrado jóven, en un faro!

Pues yace aquí Julieta, y su belleza

Convierte en rica sala de festejo,

Llena de luz, el lóbrego sepulcro.

Yace tú allí, y entierre un muerto á otro.

(Coloca el cuerpo de Páris en el mausoleo.)

Alegre muchas veces en capilla

Su muerte el reo aguarda: los alcaldes

Suelen llamar aquel extraño estado

El rayo postrimero de la vida.

¡Bien puedo yo decir que es esto un rayo!

¡Oh dulce prenda! ¡oh tierna esposa amada!

La muerte que apuré de tu alma aliento

La dulce miel, no pudo hacer estrago

En tu belleza aún; no estás vencida:

De la hermosura el pabellon rojizo

Tremola en tus mejillas y tus labios,

Y en ellos no logró la cruda muerte

Enarbolar su pálido estandarte.

¡Tú aquí, Teobaldo, en tu sangriento lienzo?

¿Qué más favor te puedo hacer que airado

Con esta misma mano que tu vida

En flor tronchó, tronchar en flor la vida

De aquel que fué en el mundo tu enemigo?

Perdóname, buen primo. ¡Ay Julia amada!

¡Por qué eres aún tan bella? A creer empiezo

Que arde en amores la incorpórea muerte,

Y que el huesudo, aborrecido monstruo

Para manceba aquí sin luz te guarda.

Por eso aquí me he de quedar contigo;

Y de este alcázar de la oscura noche

Jamás saldré: sí, aquí quedarme quiero

Con los gusanos que han de ser tus siervas;

Eternamente aquí tendré reposo;

Aquí mi hastiado cuerpo el fiero yugo

Sacudirá de la enemiga estrella.

¡Vuestra última mirada echad, mis ojos!

¡Dad, brazos, vuestro abrazo postrimero!

¡Y, oh labios, del vital aliento puertad,

Sellad vosotros con un beso santo

El pacto eterno con la avara muerte!

(Sacando el frasco de veneno.)

—¡Ven, fiero conductor, amarga guía!

Fatal piloto, pon de tu averiada

Nave la proa hácia las duras rocas,

Donde rugiente, airado el mar se estrella.

¡A ti, mi bien! (Bebe.) Buen boticario, activas

Tus drogas son. ¡Besándote, me muero! (Muere.)

Sale por el otro extremo del cementerio FRAY LORENZO *con linterna, palanca y azadon.*

FR. LOR. ¡Válgame San Francisco, y cuántas veces Han tropezado mis caducas plantas Con tumbas esta noche! ¿Quién se acerca?

BAL. Un vuestro amigo, y que os estima, padre.

FR. LOR. ¡Dios te bendiga! Dime, buen amigo, ¿Qué antorcha es la que en vano lumbré presta A ciegas calaveras y gusanos?

¿De Capuleto no arde en el sepulcro?

BAL. Padre, sí tal, y en él está mi amo, Uno á quien vos amais.

FR. LOR. ¿Quién es?

BAL. Romeo.

FR. LOR. ¿Cuánto há que se halla en él?

BAL. Hará media hora.

FR. LOR. Ven conmigo al sepulcro.

BAL. No oso, padre.

El amo se imagina que me ha ido;

Y amenazóme fiero con la muerte,

Si á atisbar sus intentos me quedase.

FR. LOR. Quédate, pues; iréme solo.—Espanto Mi pecho embarga. Temo una desdicha.

BAL. Mientras al pié de este olmo dormitaba,

Soñé que peleaban mi amo y otro,

Y que matólo mi señor.

FR. LOR. (Se adelanta.) ¡Romeo!

¡Ay de mi triste! ¿Cúya sangre tiñe

Las piedras del umbral de este sepulcro?

¿Aqui qué significan estas hojas

Sin dueño, desteñidas, y sangrientas,

En el santuario de la paz?—¡Romeo!

(Entra en el mausoleo.)

¡Pálido está! ¿Quién más? ¡El noble Páris!

Nadando en sangre. Oh, ¿qué hora despiadada

Culpable fué del caso lastimoso?

La dama ya se mueve. (Julietta despierta)

JUL. ¡Oh, buen hermano!
¡Fraile consolador! ¿dó está mi dueño?
Bien sé el lugar en donde estar debiera;
Y en él estoy. ¡Ay! ¿dónde está mi esposo?
(Ruido dentro.)

FR. LOR. Oigo rumor. Sal pronto de ese nido De muerte, peste y obligado sueño; Pues un poder que réplica no admite, Frustró nuestro designio. ¡Ven, oh, vente! Tu esposo allá en tu seno yace muerto; Páris tambien. ¡Oh, ven! Te pondré en salvo En un convento de devotas monjas. No me preguntes más; la ronda viene. ¡Julietta, ven! pues ya que parta es fuerza.

JUL. Vê, corre, vé; pues yo de aqui no salgo.
(Vase el fraile.)

¿Qué es esto? ¿Un frasco que mi amado empuña? Causó un veneno su temprana muerte.

¡Ingrato! ¿Todo lo apuraste? ¡Todo!

¡Y ni una amiga gota me dejaste

Para seguirte? Besaré tus labios:

Tal vez aún cuelgue algun veneno de ellos,

Y me dará su bálsamo la muerte.

Calientes aún están. (Lo besa.)

ALG. 1.º (Dentro.) ¿Dónde es, muchacho?

JUL. ¿Qué? ¿ruido? Pues entonces seré breve.
(Coje el puñal de Romeo.)

¡Oh bien hallado acero! Esta es tu vaina.

(Se clava el puñal.)

Cúbrete aqui de orin, y dame muerte.

(Cae muerta sobre el cadáver de Romeo.)

Sale la ronda con el PAJE de PÁRIS.

PAJE. Este es el sitio; alli do arde la antorcha.

ALG. 1.º Cubierto el suelo está de roja sangre.

Recorran dos ó tres el cementerio;

Y prendan á cualquiera que encontraren.

(Váase algunos alguaciles.)

Muerto aquí yace el conde. ¡Oh fiera vista!
Y recién muerta, derramando sangre,
Caliente todavía está Julieta,
Que hace dos días yace aquí enterrada.
Id; informad al príncipe; y al punto
Llamad á Capuletos y Montescos.
Vosotros registrad. (Váanse algunos alguaciles.)

De la honda tumba

Vemos el fondo en que estos muertos yacen;
Mas ¿quién podrá llegar, sin más noticia,
Al verdadero fondo de estos males?

Vuelven á salir ALGUACILES con BALTAZAR.

ALG. 2.º Aquí teneis al criado de Romeo.

Le hallamos en el mismo camposanto.

ALG. 1.º Hasta que venga el príncipe guardadle.

Vuelven á salir ALGUACILES con FRAY LORENZO.

ALG. 3.º A un fraile aquí teneis que tiembla y
llora.

Quitámosle esta azada y esta pala,
Al dar con él, huyendo de esta parte.

ALG. 1.º Prended también al fraile, es sospechoso.

Sale el PRÍNCIPE con acompañamiento.

PRIN. ¿Qué desventura tan madrugadora
Viene á robarme el matinal sosiego?

Salen CAPULETO, la CONDESA DE CAPULETO y otros.

CAP. ¿Qué ocurre? ¿por qué gritan de esa suerte?
COND. Gritando va la gente por la calle
Romeo, algunos Julia, y otros París,
Y todos van corriendo á voz en grito,
En dirección de nuestro mausoleo.

PRIN. ¿Qué espanto es este que el oído asorda.
ALG. 1.º Muerto aquí yace, Alteza, el conde París.

Muerto Romeo aquí; y aquí caliente,
Y recién muerta Julia, ya difunta.

PRIN. Id, indagad y descubrid al punto
La causa de este bárbaro homicidio.

ALG. 1.º Aquí teneis á un fraile y al lacayo
Del difunto Romeo que herramientas
Llevaban propias para abrir las tumbas.

CAP. ¡Cielos! ¡esposa! ¡mira cual arroja
Sangre nuestra hija!—Erró el puñal la senda:
Su vaina allá en el cinto de Romeo
Vacía está, mal envainada su hoja
Aquí en el corazón de mi Julieta.

COND. ¡Ay! ¡ay de mí! la vista de estos muertos,
Como repique de campana, advierte
A mi vejez cuán cerca está la tumba!

Salen MONTESCO y otros.

PRIN. Montesco, ven: temprano te levantas
A ver á tu hijo aún más temprano echado.

MON. ¡Ay, príncipe! Murió mi esposa anoche:
Pesar por el destierro de mi hijo
Cortó su aliento. ¿Qué otra desventura
Contra mi edad conspira?

PRIN. Ven, contempla,
Y lo verás.

MON. ¡Oh, tú, mal enseñado!
¿Qué urbanidad es esta? ¿A entrar te atreves
Primero que tu padre en el sepulcro?

PRIN. Sellad los labios al ultraje en tanto
Que estas ambigüedades aclaremos,
Y sepamos su fuente y cierto origen.
Jefe seré de vuestro duelo entonces,
Y hasta la muerte os guiaré yo mismo.
Silencio miétras tanto; y la desgracia
De la paciencia humilde esclava sea.

Que traigan á las partes sospechosas.

Fa. Lor. Aunque el que ménos puede, más que
en nadie

Recae en mi sospecha del delito,
Pues hablan hora y sitio en contra mía;
Y vedme aquí dispuesto á condenarme
Y defenderme juntamente, siendo
Fiscal y defensor en causa propia.

Prin. Di, pues, en breve lo que de esto sepas.

Fa. Lor. Breve será, que el plazo de mi vida

Es ménos largo que un pesado cuento.
Romeo, que en la tumba muerto yace,
De la Julieta aquella fué marido;
Y ella, que allá á su lado yace muerta,
Fué compañera fiel de aquel Romeo.
Yo los casé: de su furtiva boda
Fué el día el de la muerte de Teobaldo;
Por cuya ofensa desterrado al punto
Salió el recién casado de esta villa:
Su ausencia, no la muerte de Teobaldo,
Lloró Julieta. Por calmar su angustia
La prometisteis vos al conde París,
Queriéndola casar con él por fuerza.
Entonces vino á mí, la faz turbada,
Pidiendo que trazara yo algun medio
Para librarla de un segundo enlace;
Si no, juró matarse allí en mi celda.
Por mi arte aleccionado, dile entonces
Letárgico brebaje, que produjo
El deseado efecto, despertando
En ella la apariencia de la muerte.
Y mientras tanto le escribí á Romeo
Que se volviera acá para ayudarme
A redimirla de fingida muerte;
Pues se agotaba en esta noche horrenda
La misteriosa fuerza del brebaje.
Pero fray Juan, con quien mandé la carta,
Por un fatal suceso detenido,

Ayer la carta devolvió á mis manos.
Entonces, sólo, á la hora prefijada
En que del sueño despertar debía,
Vine á sacarla de la antigua tumba,
Pensando cobijarla allá en mi celda,
Hasta hallar hábil medio de anunciarlo
Todo á Romeo. Pero cuando vine,
(Minutos ántes que ella despertase)
Hallé en el suelo, en hora prematura
Muertos al fiel Romeo y noble París.
Ella despierta al fin; y yo la imploro
Que huya conmigo, y con paciencia sufra
La voluntad del cielo. En esto un ruido
Me ahuyenta de la tumba. La doncella,
Harto desesperada, huir no quiso,
Mas dióse, al parecer, violenta muerte.
Todo esto sé. También el ama estaba
En el secreto de la oculta boda.
Si en tal desastre culpa alguna tuve,
Sacrificad mi vida, ya caduca,
Breves horas no más ántes de tiempo,
En aras de la ley más rigurosa.
Prin. Siempre te tuve por varon devoto.
¿En dónde está el lacayo de Romeo?
¿Qué sabes tú?
Bal. Llévete yo á mi amo
Noticia de la muerte de Julieta;
Y por la posta aquí de Mantua vino,
A este lugar, al mismo mausoleo.
Para su padre dióme aquesta carta,
Y me mandó entregarla sin demora.
Y entrando en el sepulcro, amenazóme
Con fiera muerte, como no me fuese,
Y le dejase á solas en la tumba.
Prin. Entrégame la carta: quiero verla.
¿Dónde está el paje que llamó á la ronda?
¿Rapaz, qué hacía tu amo en este sitio?
Paje. Vino con flores de su amor la tumba

A engalanar. Mandóme que me fuese;
 Y lo hice así en efecto. Al poco rato
 Vino con luz un hombre á abrir la tumba:
 Sacó contra él la espada mi amo luego;
 Y entónces fuíme en busca de la ronda.

PAIS. Esta carta confirma las palabras
 Del fraile; sus secretos amorios,
 Las nuevas de la muerte de Julieta.
 En ella escribe que compró un veneno
 De un pobre boticario, y de él provisto,
 Se vino aquí á morir en esta tumba,
 Y á reposar al lado de Julieta.
 ¿Dó están esos rivales? ¡Capuleto!
 ¡Montesco! ved qué maldición castiga
 El odio vuestro: el cielo medios halla
 De ahogar con el amor vuestra ventura.
 Y yo por tolerar discordias tales
 Lloro á dos deudos. Todos pena sufren.

CAP. Montesco ¡oh hermano! dame acá tu diestra,
 La viudedad de mi hija, pues más que esto
 No oso pedir.

MON. Pues yo más puedo darte:
 Haré erigir su estatua de oro puro;
 Y en tanto que Verona así se nombre,
 No habrá en el mundo efigie tan perfeta
 Como esa de la bella y fiel Julieta.

CAP. Tan rica al lado la tendrá Romeo:
 ¡Víctimas ¡ay! de nuestro feudo reo!

PRIN. Turbia es la paz que esta alborada trae:
 Delástima su rostro el sol oculta.
 Venid, y se sabrá sobre quien cae
 El peso de la ley, y á quien indulta.
 Nunca hubo historia tan doliente, creo,
 Como ésta de Julieta y su Romeo (Váanse.)